

Otra falta es la carencia de índice. Es un detalle de cierta importancia. El índice no sólo tiene por fin señalar el sitio y los títulos de las partes de un estudio. Es, además, la síntesis del tema que se desarrolla, y es el primer comunicado del autor con su lector.

Calderón es un signo que usan los músicos para indicar la suspensión del movimiento del compás. Tiene la forma del párpado superior, un punto bajo el arco semeja la pupila vigilante. Eso ha sido este signo: suspensión. Atenta, deleitosa pausa del intelecto para leer tema tan valioso y tan logrado.—N O R B E R T O P I N I L L A.

## UNA HORA CON PHILIPPE SOUPAULT

**E**N ese tranquilo y señorial barrio de Auteuil, al cual hace treinta años los escritores de la época hacían acudir las heroínas de sus obras, cubierto el rostro de un tupido velo, a una cita clandestina, (lo cual hace suponer naturalmente que Auteuil era en ese entonces uno de los alrededores de París) acudo yo a mi vez a un rendez-vous que me ha fijado un escritor. Esta asociación de recuerdos me hace sonreír y pensar en el girar acelerado de la vida, que ya es tanto, que ni alcanzamos a percibirnos de lo que nos lleva y de lo que nos trae. Ya sí hoy sucede que una dama acude a Auteuil en calidad de periodista, y que otra, interesada en el eterno tema, no tiene necesidad de recorrer grandes distancias. Todo en París facilita la galantería, el amor. Por lo menos en este París d'apres guerre que es el que yo he conocido.

Siguiendo mi peregrinación tras mi escritor, que es Philippe Soupault, llego hasta la avenida de Erlanger, y ahí le encuentro encerrado en una biblioteca, acogedora y confortable, convaleciente de una enfermedad.

Pero antes de referir esa entrevista, se impone un paréntesis de novela inglesa, que permitirá enfocar mejor al personaje.

---

El americano que allá en su tierra oyó hablar de batallas literarias en París (una vez firmado el armisticio de las otras) de existencia de escuelas, partidos y banderas, al llegar a esta ciudad, busca, se informa e interroga sobre todo aquello que le interesara a la distancia.

—«Obra de locos que no influenció treinta personas»—contestan los escritores serios aspirantes a cualquiera de los infinitos premios literarios existentes. Otros responden con un gesto de sorpresa como si se les interrogara sobre lo que pasa en el planeta Marte.

Sin embargo, los libros de crítica e historia de la literatura francesa marcan etapas que se llaman «Litterature d'apres guerre»—«De l'arc du Triomphe a Dada», etc.

Cierto es que hoy se vislumbra, en el campo literario, la misma desinflación que afecta a los países en su vida económica. Y que después de este período probablemente sólo subsistirán los verdaderos valores, y se demostrará el grado de la mucha, poca o ninguna importancia que tuviera sobre sus contemporáneos el señor X o la escuela Z.

Sin embargo, hay algunos que se salvan y entre esos está Philippe Soupault que junto a Bretón, Aragón, Cocteau (en esta situación) y uno que otro más, resisten el pasar de ondas y corrientes de todas direcciones...

En 1920 Soupault fué uno de los organizadores del movimiento o mejor dicho del escándalo dadaísta. Ribemont Desaigness ha publicado últimamente en la Nouvelle Revue Française la historia de Dadá. Fiestas exposiciones y programas son ahí relatados en su intención, ambiente y resultado. A la cuenta de Philippe Soupault está ahí un número de globos de colores con los nombres impresos de algunos escritores consagrados, los cuales fueron lanzados en una sonada reunión que organizara el grupo Dadá en la sala Gaveau.

Dicen por ahí las biografías:

En 1918, Philippe Soupault escribió en colaboración con André Bretón un libro «Champs magnetiques» que dió origen al sub-realismo.

En 1923 su primera novela «Le Bon Apotre» es el modelo a copiar por una generación que parte de ese libro para fijar su orientación, por lo menos en cuanto a la forma.

Tal vez ese juicio va muy lejos, pero, sí es verdad, que los críticos literarios lo muestran como un ejemplo representativo de lo que se ha llamado el hamletismo contemporáneo. Tema: jóven d'apres guerre, inadaptado, soñador despierto. Quizás es el nuevo «mal du siècle»—dice Benjamín Cremieux—al cual la literatura de mañana deberá sus obras maestras y del cual Marcel Proust habría sido el Juan Jacobo Rousseau y el Chateaubriand. •

Este «hijo de su siglo» y niño terrible, se me aparece bajo el aspecto de un señor de treinta y cinco años, al cual su excesiva nerviosidad ha arrugado con exageración. A través de sus surcos veo esas vueltas y más vueltas que daba por la ciudad su heroína de las últimas noches de París. Pasos de sonámbula magnetizada por una fuerza ajena. Pero algo hace sentir que en la central eléctrica hay un vigía. Así su nerviosidad no provoca enervamiento. Sus gestos y palabras son rápidos, pero seguros. Además y a pesar de sus surcos físicamente está casi bien.

Me instala confortablemente y me tiende una caja de cigarrillos Luky Strike.

—¿Ud. regresa de los Estados Unidos Monsieur Soupault?

—¿Me lo pregunta por la marca de mis cigarrillos? ¡Qué quiere Ud. allá no se vende ni se fuma sino éstos!

—Tome Ud. mi pregunta como el pedido de fuego de los saltadores y háblame de ese país.

—Con mucho gusto, pues vengo encantado de mi viaje y convencido más que nunca del desconocimiento absoluto que aquí existe respecto a él en el terreno literario. Hay ahí una juventud inquieta y enormemente interesada por la intelectualidad latina. De otra parte, la vida de la mujer americana me parece admirable. Mire Ud.: yo nací y pertenezco a un medio netamente burgués y aunque nuestras relaciones son accidentadas, estoy con él en contacto casi permanente. Ahí he tenido lugar a conocer en su fondo y en forma la vida de la muchacha soltera de la burguesía francesa y puedo decirle a Ud. que es tan absurda como heroica. La americana lleva una vida normal y se ha conquistado el sitio que le corresponde. En cuanto al movimiento intelectual del cual empezaba a hablarle—y del cual me ha desviado mi entusiasmo por la mujer—en su tendencia moderna, es interesantísimo. No se puede decir que todos los escritores que se destacan sean de origen netamente americano. Ud. tal vez conoce el porcentaje que hay allí de judíos, alemanes, etc. . . Pero su ambiente y su estilo es americano. Es el mismo caso de París.

—¿Quiere Ud. hablarme de las letras francesas?

—Sobre las cuales tengo yo ideas muy precisas. Creo que la literatura está algo así como en un recodo. Hasta ahora sus directivas habían sido psicológicas. Ahí están como ejemplo «La Princesa de Cleves» y las obras de Racine. Después hubo el romanticismo, el realismo y el naturalismo. Pero es Proust el que lleva la novela a la última cima psicológica. Después de él es imposible ir más lejos en ese género. Nadie puede imaginar ser un Proust. Ahora yo creo que el problema es otro: hacer penetrar la poesía en la novela. Es el movimiento iniciado por Baudelaire y se-

guido después por Rimbaud y Lautreamont. Su aceptación se marca en ejemplos extraordinarios. ¿Quién habría imaginado hace algunos años que las obras teatrales de Giradoux, podrían llegar hasta el público, ser aceptadas y triunfar? Y como ese signo los hay infinitos que prueban mi predicción. La hora es de inquietud, de imaginación. Todo contribuye a ello.

—Alguien ha dicho que uno de los caracteres fundamentales de esta generación es su deseo desesperado de vivir, mientras más se siente privada de todo estímulo. ¿Es ese su caso Monsieur Soupault?

—Yo creo sinceramente que la literatura es mi vida, casi un fin. En lo único que respondo plenamente al modelo es en el deseo desesperado de vivir. El se me traduce en viajes a los cuatro puntos cardinales. Pienso volver a los Estados Unidos y daría cualquier cosa por bajar a la América del Sur.

—¿Y en qué trepida? Ya ve Ud. la gira triunfal que hiciera Paul Morand.

—¡Ah, es que Paul Morand es un personaje de importancia!

—Pero Ud. también lo es para la juventud americana. No pose Ud. de hombre modesto. Es un papel que no le cuadra a un ex-jefe dadaísta.

Philippe Soupault sonríe subconscientemente. Pero luego registra su sonrisa y la conciencia de su subconsciencia le lleva nuevamente a la superficie.

Ud. hizo varias conferencias sobre la pintura moderna. ¿No es verdad?

—Sí, y he dado algunas en Alemania e Inglaterra. Es un tema que me entusiasma. ¿Ud. sabe—agrega—que yo podría ser bastante rico si hubiera aceptado las telas de mis amigos y conocidos? Pero en esa época de las batallas picturales yo hacía la crítica pictórica. Así nunca admití un regalo para no crearme compromisos.

—He oído que Ud. fué un gran impulsador de Picasso.

—Ah, sí. Le admiro extraordinariamente como hombre y como artista. El y Joyce están por sobre todos los seres que he conocido en mi vida. ¡Los que no son pocos! Para mí, Picasso y Joyce son personas a las cuales debe conocerse para adquirir una verdadera noción de lo que significa un *Hombre*. Se adjudica con facilidad el título de extraordinario, pero junto a ellos se produce fatalmente una revolución de los conceptos. Todo hombre o mujer inteligentemente conocido, pasa a formar parte de «los demás». Joyce es difícil de abordar material y espiritualmente. Su mala salud le hace aislarse y su sensibilidad recon-

centrarse. Pero Ud. debería hacer algo por conocerle. Si Ud. quiere yo podría hablarle.

—Yo le estaría muy agradecida y creo que la mejor manera de manifestárselo, es no quitarle más su tiempo. Pero antes de partir una última pregunta. Quiero saber su opinión sobre el problema social en Francia.

—Sólo puedo decirle que me asalta el temor que Francia no ve claro en la situación al imaginar que se trata de una crisis económica más aguda que las anteriores, pero que pasará como las otras. Mi opinión es que estamos en vísperas de un cambio bastante mayor, de una etapa de la historia tan marcada como la Edad Media o la Revolución Francesa con todas sus creaciones y trastornos. Así me inquieta ver que la Francia se empeña en continuar por el mismo camino transcurrido, lo cual puede llevarnos a un abismo. Tengo la convicción que hoy se necesitan otros métodos, otra vida, otra mentalidad, y no veo en ella la conciencia de esta necesidad. Y si la situación obliga a dar un salto temo que a Francia le falte la elasticidad necesaria para hacerlo.

---

Durante aún algunos minutos Monsieur Soupault y yo hacemos tennis de innatas y postizas amabilidades y las palabras «agradecida», «agradecido» van y vienen en francés puro y alterado. Creo que finalmente Monsieur Soupault se queda con la copa Davis y su verbal agilidad francesa.

Yo me voy balanceando, mi entrevista y mi languidez americana.—MARTA VERGARA.

París, Octubre de 1932.

## UNA CARTA

**A**UNQUE no hablamos todo lo que teníamos que hablar—la charla con su lógica propia nos arrastra—después de la conversación de ayer, una hora demasiado rápida, creo entender mejor la actitud suya y la de sus amigos ahí presentes. No porque haya variado de punto de vista. Mas bien porque lo he confirmado. Pero el contacto personal, la viva voz y la presencia humana poseen esa facultad de que los papeles y las letras, desgraciadamente carecen: uno comprende y hasta llega a aceptar a los que piensan de distinto modo y no cae en las intransi-